

ESOPO. — La ciudad entera se ríe de mí, y no me mortifica.

XANTOS. — Esopo... ¿Qué tengo que hacer?

ESOPO. — Si te lo digo, ¿me libentarás?

XANTOS. — ¿Harás volver a mi mujer?

ESOPO. — Sí, la haré volver.

XANTOS. — Te libentaré. ¿Qué he de hacer?

ESOPO. — Dame dinero. (*Xantos saca del cinto una bolsa, extrae una moneda y se la entrega a Esopo.*) Dinero... Más dinero. Con esto, ninguna mujer vuelve a su casa (*Xantos saca una moneda más de la bolsa y se la entrega a Esopo.*)

XANTOS. — Date prisa.

ESOPO (*tendida aún la mano*). — Dinero, Xantos. Dame toda esta bolsa. (*Toma la bolsa de las manos de Xantos, saca todas las monedas, se las pone en la palma, las sopea.*) Es poco.

XANTOS. — ¿Poco?... ¿Me quieres arruinar?

ESOPO. — Dame mucho dinero, Xantos. Todo el dinero que llevas encima.

XANTOS. — Además de mi mujer... ¿quieres también que pierda mi fortuna? (*Esopo permanece en la misma actitud, la mano tendida. Xantos saca de la cintura otra bolsa de monedas y va a entregársela a Esopo; pero con un vivo movimiento, retrocede.*) ¿Estás seguro de que necesitas tanto dinero?

ESOPO. — ¿Quieres que tu mujer vuelva?... ¿O no?...

XANTOS. — ¿No podría volver... por menos? (*Xantos va a entregar la segunda bolsa. Pero prefiere abrirla y sacar algunas monedas antes de dársela a Esopo.*)

XANTOS. — ¿No te propones huir con mi dinero?

ESOPO (*con la mano tendida para recibir todas las mo-*

*nedas*). — Dámelo todo. (*A regañadientes, Xantos le entrega a Esopo todas las monedas.*)

XANTOS. — ¿Estás seguro de que no puede hacerse más barato?

ESOPO. — ¿Tienes aún más dinero encima? (*Con un gesto reacio, Xantos le entrega a Esopo una tercera bolsa.*)

ESOPO. — Pronto tendrás a tu mujer de vuelta. (*Esopo, sale. Xantos, receloso, va de un lugar a otro. Su desconfianza crece. Se acerca a la puerta del fondo, mira, vuelve. A cada instante es mayor su congoja. Bate palmas. Entra Melita.*)

MELITA. — ¿Me has llamado, Xantos?

XANTOS. — Melita... Le he dado dinero a Esopo para que haga volver a Cleia. ¿No crees que se escapará con mi dinero? Melita... ¿No sería mejor avisar a los guardias de que mi esclavo me ha engañado y ha huido? ¿Dónde tenía yo la cabeza para no haber pensado en eso!...

MELITA. — ¿Le has dado dinero a Esopo?

XANTOS. — Se lo he dado... Y ahora veo que he hecho mal. ¿Crees que va a volver?

MELITA. — No lo sé.

XANTOS (*con súbito arrebató, afligidísimo, entre sollozos*). — ¡Ah, he perdido a mi mujer, mi dinero y mi esclavo! ¡He sido engañado! ¡Me han engañado! ¡Ah, Melita!... ¿Qué puedo hacer? ¡Ah, ah, ah!...

MELITA. — ¿Y si Esopo no volviese, Xantos?

XANTOS. — Llamaré a los guardias, lo buscarán por todas partes. Y cuando lo encuentren, lo haré torturar como no fue torturado nunca ningún esclavo. (*Sollozando.*) ¡Ah, ah, ah!...

MELITA (*insinuante*). — ¿Te gusta todavía tu mujer?

XANTOS. — ¡No se trata sólo de mi mujer! Ahora es mi mujer, mi dinero y mi esclavo.



MELITA. — Olvida un poco tu cólera. Mirame a mí. Contéstame: ¿te gusta tu mujer?

XANTOS. — ¡Claro que me gusta! Si no me gustara, no estaría así... (Sollozando.) ¡Mi dinero!... ¡Ah, ah, ah!

MELITA. — Nunca pusiste tu atención en mí, Xantos. Pero soy yo quien le peina a Cleia los cabellos de ese modo que a ti tanto te gusta... Soy la quien elige sus túnicas y le ciñe los pliegues al cuerpo, para que esté más hermosa.

XANTOS. — ¿Qué me quieres decir?...

MELITA. — Soy yo quien le enseña los secretos del amor. Cleia no sabía que una mujer ha de ser acariciada suavemente, como las cuerdas del arpa. Son misterios que se aprenden en los versos de Safo y en los jardines de Corinto.

XANTOS. — Por eso me gusta ella. Aprendió muy bien... Y ahora... (Sollozando.) ¡Ah, ah, ah!

MELITA. — Si la perdieses, no lo lamentes. Yo conozco el amor mejor que ella... Y tú ni siquiera me miras.

XANTOS. — ¿Qué estás diciendo?

MELITA. — A veces, cuando te sirvo el vino por encima de tu hombro, pienso que mi perfume te va a hacer volver la cabeza, que tus ojos van a adivinar el temblor de mis senos, que casi rozan tu nuca. Pero tú no te das cuenta.

XANTOS. — ¿Me quieres, Melita? ¡Pobre Melita!

MELITA. — Nunca digas pobre a una mujer. De todos los sentimientos, la piedad es el que más nos hiera.

XANTOS. — Entonces, ¿me quieres? Estabas aquí, y yo no me fijaba.

MELITA. — La caricia que prefieres... la de pasar los dedos por tu cabeza, enredarlos en tus cabellos y deslizarlos por tus hombros, fui yo quien se la enseñó.

XANTOS. — ¡Es curioso! Un filósofo comprende las cosas del cielo y de las estrellas, y no ve nunca lo que tiene de-

lante. (Volviendo a su obsesión.) ¡Mi mujer, Melita... y mi dinero, y mi esclavo! ¡Ah, ah, ah!

MELITA. — ¿De qué te sirve una mujer que no te quiere? ¿De qué te sirve un dinero que no gozas?... ¿De qué te sirve un esclavo que te molesta con sus ironías?

XANTOS. — Melita... Hay que llamar a los guardias, decirles que Esopo me ha robado y ha huido.

MELITA. — ¡Quién sabe si no habrá huido con tu mujer!

XANTOS (sobresaltado). — ¿Qué?... (Recobrándose.) ¡Imposible!

MELITA. — ¿Cuántas cosas imposibles, filósofo, no has visto ya suceder?

XANTOS. — Es verdad... Es eso. ¡Han huido! ¡Me han engañado los dos! ¡Ah!... ¡Llama a los guardias! ¡Llámalos!

MELITA. — Deja que se vayan. ¿Qué pierdes? Una mujer que en vez de quererte, prefiere a un monstruo.

XANTOS. — ¿Y mi dinero, Melita?

MELITA. — Es un precio barato para librarte de ambos. Si yo tomase tu cabeza entre mis manos, verías cómo te olvidas de todo.

XANTOS (con repentino arrebató). — ¿Acaso puedo olvidar que soy un marido engañado...? ¿Puedo olvidar que mi mujer se ha escapado con un vil esclavo, que ha preferido a un hombre horrendo a mí... a mí? ¿Y mi dinero...? ¿Y el ridículo de todo esto? ¡Todo el pueblo de Samos se va a reír del filósofo que más admiraba! ¿Y mis discípulos? Me dejarán, irán a escuchar las lecciones de Crisipo. Cuando me vean pasar, todos dirán: "Xantos, no perdiste cuernos... luego los tienes." ¡No, Melita! Mi mujer y mi esclavo, los dos, tiene que ser castigados. Llama a los guardias. Dile al etíope que prepare el vergajo.



MELITA. — ¿Es tan sólo esto lo que deseas que haga? ¿No quieres nada más de mí?

XANTOS (con su idea fija). — ¡Es imposible! No puedo creerlo, no puedo, no puedo...! (Xantos se golpea la cabeza con los puños. Pero, súbitamente, se calma y mira a Melita como si acabara de ocurrírsele una idea.) ¡Espera! ¿Ella prefiere un esclavo a mí?... ¡Pues yo le demostraré que prefiero una esclava a ella!

MELITA. — ¡Xantos! (Melita tiene los brazos a Xantos con un gesto de entrega. En ese momento, Esopo entra por la puerta del fondo. Viene cargado de fardos: escarcelas, estatuillas, tejidos y sandalias, que tira triunfalmente en el suelo.)

ESOPO. — ¡Ya está!

MELITA (con áspera sorpresa). — ¿Has vuelto?

XANTOS. — ¿Y mi mujer?

ESOPO. — No he visto a tu mujer. Pero he comprado todo esto.

XANTOS. — ¿Con mi dinero...? (Indignadísimo.) ¡Con mi dinero!

ESOPO. — Para tu casamiento.

MELITA. — ¿Sabías que Xantos va a casarse? Eres mejor de lo que yo pensaba.

XANTOS. — ¿Por qué has gastado mi dinero en estas tonterías?

ESOPO. — ¡Mira, Xantos! No son tonterías. Mira... Tejidos finos de Cartago. (Empieza a sacar y a tirar lo que hay en las bolsas.) ¡Collares...! ¡Brazaletes...! ¡Estatuillas de Tanagra! Sandalias leves, de cuero de gacela. Hilos dorados para la cintura.

XANTOS (colérico). — ¿Para qué?

MELITA (sin dejar de hablar a Xantos). — ¡He hecho

bien! (Tomando una joya, un tejido.) ¡Qué lindos son! (Probándolos en su cuerpo.) ¡Qué hermosas!

XANTOS (a Esopo). — ¿Por qué has hecho esto?

ESOPO. — Toda la ciudad sabe que te vas a casar.

XANTOS. — ¿Dicen en la ciudad que me voy a casar?

ESOPO. — En cada lonja, a cada mercader a quien le hacía una compra, oía la misma pregunta: “¿Para qué son esos ricos tejidos, Esopo? ¿Y esos brazaletes? ¿Y esos perfumes?” Y yo respondía: “¡Son para mi amo, que se va a casar!”

XANTOS (en el paroxismo de la indignación). — ¡Es el colmo! Voy a hacerte azotar hasta que...

MELITA. — No lo castigues... Se ha dado cuenta de lo que iba a suceder.

XANTOS. — ¿Cómo quieres que no lo haga azotar? Me ha pedido dinero prometiéndome que haría volver a mi mujer, y en vez de hacerlo, ha salido por la ciudad a comprar cosas inútiles.

MELITA. — No son inútiles, Xantos. Nos van a hacer falta.

XANTOS (a Esopo). — ¡Serás castigado como nunca le fuiste! ¿Por qué no has buscado a mi mujer, como me prometiste?

ESOPO. — No era necesario.

MELITA (a Xantos). — No, no era necesario. (A Esopo.) Eres inteligente. Haré todo lo posible para que Xantos te liberte.

ESOPO. — Xantos prometió libertarme. Cumplirá su promesa.

XANTOS. — Te lo prometí, si hacías volver a mi mujer.

ESOPO. — Lo vas a ver.

MELITA. — Cleia no tiene ahora por qué volver. (Por la puerta del fondo, entra Cleia, indignada, que se dirige a Xantos.)



CLEIA. — ¿Me han dicho que te vas a casar? Toda la ciudad comenta que preparas un ajuar de casamiento. (*Viendo las joyas, telas y perfumes en el suelo.*) ¿De modo que es verdad?

ESOPO (*a Xantos*). — Prometí que haría volver a tu mujer. Ahí la tienes. Dame mi libertad, Xantos.

XANTOS (*sin escuchar a Esoipo, a Cleia*). — ¡Has vuelto! ¡Oh, has vuelto! (*Melita esconde la cara entre las manos y solloza.*) ¿Por qué lloras, esclava?

ESOPO. — De alegría, porque tu mujer ha vuelto. (*A Melita.*) ¿No es así, Melita? ¡Pobre Melita! Qué buen corazón tienes, qué encariñada estás con tu ama... Ni siquiera te pasa por la imaginación conseguir tu libertad. (*A Xantos.*) Aquí está tu mujer, Xantos. Bastó anunciar que ibas a casarte, para que viniese... ¿No te alegra?

XANTOS. — ¡Me alegra, sí! (*Tendiéndole los brazos a Cleia.*) ¡Ah... Cleia, Cleia! Felizmente, has vuelto.

ESOPO (*a Xantos*). — Dame ahora mi libertad.

MELITA (*dolida*). — Pide ahora tu libertad, esclavo... ahora que yo iba a lograr la mía. (*A Cleia.*) Si no hubieses venido, tu marido me hubiera tomado por esposa. (*A Esoipo.*) ¡Esto es lo que has arreglado con tus mañas! (*A Xantos.*) ¡Quédate con ella! Desde hoy, no podrás decir que se quedó contigo por amor... sino por tu dinero. ¡Quédate con la mujer que pagas! ¡Quédate con la esposa que se embellece para gustar al capitán de guardias!

CLEIA. — ¡Melita! (*A Xantos.*) No la creas... Habla así por despecho. (*A Melita.*) ¡Retírate!

ESOPO. — ¡Pobre Melita! No supiste elegir un buen camino para lograr tu libertad.

MELITA (*yendo hacia el mutis, entre sollozos*). — ¿Crees que tú eres más noble? Xantos decía hace un momento que

tú habías huido con su dinero y con su mujer. (*Melita sale por la puerta de la derecha.*)

ESOPO. — Xantos... ¡Dame mi libertad!

XANTOS. — Luego hablaremos de eso.

ESOPO. — Xantos, cumple tu palabra.

CLEIA. — Nosotros te estimamos, Esoipo. ¿Por qué quieres irte?

ESOPO. — Porque yo también me estimo. ¡Mi libertad, Xantos!

XANTOS. — Cleia tiene razón.

ESOPO. — Me lo prometiste, Xantos.

XANTOS. — Tú no crees en augurios; pero yo sí. Yo, creo. Sólo serás libre si eso fuera de buen augurio para mí. (*Señalando la puerta del fondo.*) Vé a aquella puerta... Si llegas a ver en el cielo a dos grajos volando, eso significará que los dioses desean que te liberte; si los grajos no aparecen, será señal de que los dioses no quieren que yo te deje libre por ahora. Ve a la puerta.

ESOPO (*yendo hacia la puerta*). — ¿Por qué haces que un acto de justicia tenga que depender de la casualidad? Debías cumplir tu palabra, aunque los dioses te la vedasen.

XANTOS. — Si los dioses están contigo, te libentaré. (*Esoipo se encamina hacia la puerta y queda en la parte de fuera, mirando a un lado y a otro del cielo. A Cleia.*) ¡Cleia...! ¡Qué bien que hayas vuelto! ¡Qué alegría verte otra vez aquí, tenerte cerca, mirarte cuando quiera! (*Esoipo desaparece.*) Bésame.

CLEIA (*en tanto Xantos la atrae hacia sí*). — Estos regalos... ¿son míos?

XANTOS. — Sí, son tuyos. Bésame, Cleia. (*Se besan, fuera se oyen risas. Ellos se separan.*) Se rien.

CLEIA. — Se rien.



XANTOS. — Se ríen de Esopo porque es feo.

CLEIA. — Se ríen porque les ha contado alguna fábula.

XANTOS. — No. Ríen porque están contentos... Ese es el motivo que hace reír a los hombres. Las fábulas de Esopo, su fealdad, no son más que un pretexto. Cuando estamos contentos, cualquier pretexto nos hace reír.

CLEIA. — Esopo no te es simpático. No lo puedes disimular.

XANTOS. — No sé por qué... Pero no se puede sentir simpatía por quien tiene razón.

CLEIA. — Si Esopo tiene razón, ¿por qué no lo dejas libre?

XANTOS. — No está aún maduro para la libertad.

CLEIA. — ¿Te parece mejor que ande con cadenas?

XANTOS. — ¡Cleia...! Tú le tienes afecto, ¿no?

CLEIA. — Sí... en cierto modo. (Fuera se oyen nuevas risas.) ¿No oyes? Esopo sabe hacer reír. Por eso me gusta.

XANTOS. — ¿Y yo no te hago reír?

CLEIA. — De otra manera. Cuando me río con Esopo, río de lo que dice. Contigo, me río de lo que no has dicho. Es decir... me río de lo que has dicho. Pero no es lo mismo. ¿Comprendes?

XANTOS. — No... No comprendo.

CLEIA (riéndose). — ¿Ves...? De eso es de lo que me río.

ESOPO (entrando). — ¡Xantos! Mira... ¡Dos grajos en el cielo... ¡Ven aprisa, Xantos! ¡Ven a verlos! (Dándose vuelta, ve a Xantos y a Cleia que de nuevo se abrazan y se besan.) ¡Por los dioses, Xantos! (Mira otra vez el cielo y se sobresalta.) ¡Xantos, por Júpiter, ven a ver...! ¡Allá lejos, dos grajos, casi en el horizonte! (Impaciente, corre hacia Xantos y lo sacude, interrumpiendo el beso.) ¡Ven a ver Xantos! (Llevándolo hacia la puerta.) ¡Mi libertad,

loado sean los dioses! (Señalando un punto lejano.) ¡Mira, Xantos!

XANTOS (mirando al cielo). — No veo nada.

ESOPO. — Allí, allí, junto al horizonte.

XANTOS. — Veo solamente un grajo volando. Ven a ver Cleia. (Cleia se adelanta hacia la puerta.) ¿No es uno sólo?

ESOPO. — ¡Te juro que eran dos, Xantos! ¡Has tardado tanto, que uno ha desaparecido!

XANTOS (a Cleia). — ¿Ves dos grajos en el cielo?

CLEIA. — No.

XANTOS (a Esopo). — Los dioses no quieren que te liberte. (Esopo se apoya en la puerta, abrumado y vencido.) Tengo que ir a ver a mis discípulos... Bésame, Cleia. (Cleia le ofrece la mejilla. Xantos la besa y sale. Una pausa.)

CLEIA (a Esopo). — ¿Estás llorando?

ESOPO. — No.

CLEIA. — Tienes lágrimas en los ojos.

ESOPO. — De tanto mirar el horizonte. Olvidé que no debía mirarlo. Los hombres como yo, no deben mirar el horizonte. Deben andar con los ojos bajos.

CLEIA (tras una pausa). — ¿Sabes por qué he vuelto?

ESOPO. — Porque... porque pierdes a tu marido.

CLEIA. — ¿Nada más? Mírame bien, Esopo.

ESOPO (sin mirarla). — Ya te dicho que debo andar con los ojos bajos.

CLEIA (dulcemente imperiosa). — Mírame.

ESOPO. — No... Ni tú me mires tampoco. No es decente. Soy feo... Soy horrendo.

CLEIA. — Mírame bien, hombre horrendo. ¿No ves que eres hermoso, reflejado en la luz de mis ojos?

ESOPO. — Que los dioses te los bendigan, Cleia. Pero no busques que yo los entienda.



CLEIA. — Los entiendes, sí. No eres más que feo. No eres imbecil.

ESOPO. — Sí, Cleia... Soy un imbecil.

CLEIA. — No lo eres... Y mi nombre, como sabes, significa gloria.

ESOPO. — No quiero la gloria. Quiero la libertad.

CLEIA. — Xantos no te dará nunca la libertad. ¡Nunca! (Breve pausa.) Vengate de él... Tómame en tus brazos, quíereme.

ESOPO. — No puedo. Soy su esclavo.

CLEIA. — ¿Tu alma no es libre...? ¿Tienes prejuicios de casta? Para mí, no eres esclavo.

ESOPO. — Eres la mujer de mi amo.

CLEIA. — Soy la mujer de un hombre que te hace azotar, que te desprecia, que te tortura, que te humilla. Házmela tuya... Vamos, estúpido, vengate de Xantos.

ESOPO. — No, Cleia. Tengo una venganza mejor. La de no querer. La zorra, mirando las uvas en lo alto de la parra, dijo que estaban verdes, porque no podía alcanzarlas. Imagínate ahora que las uvas, maduras y dulces, al alcance de la zorra, ofreciéndose... imagínate también que la zorra las rechazara, y que las uvas, entonces se pusieran verdes de odio, verdes por el desprecio, verdes del impudor de su apetitosa madurez desdeñada... Esta es la venganza. Me vengo así de Xantos. No te quiero... Tú, tan hermosa; tú la gloria; tú, la deseada, la mujer de mi amor... ¡no te quiero!

CLEIA. — ¡Tonto! Yo convencería después a Xantos para que te dejara libre. ¿No quieres la libertad?

ESOPO. — Así no, Cleia. La libertad es limpia, y sólo debemos tocarla con las manos limpias.

CLEIA. — ¿Prefieres ser esclavo?

ESOPO. — Sí.

CLEIA. — ¿Esperas que Xantos te liberte un día por tus buenas acciones?

ESOPO. — Sí.

CLEIA. — Cuando mejor seas para él, más útil le serás y más empeño tendrá en retenerte como esclavo. Sólo nos deshacemos de lo que es inútil.

ESOPO. — En ese caso, seré útil para él... e inútil para ti.

CLEIA. — ¿Rehusas?

ESOPO. — Rehuso.

CLEIA (tras una breve pausa, con vehemencia). — No, Esopo... No. Te lo ruego... te lo suplico. Quiero reparar con un instante de mi cuerpo todas las injusticias que has sufrido. Hazme tuya... Bésame. Mereces un grano de placer de esta vida que ha sido contigo tan cruel, haciéndote feo, esclavo e inteligente. Hazme tuya, Esopo.

ESOPO (tendiendo sus manos, las palmas hacia arriba). — Estas manos, ¿tú ves?, se han endurecido en el trabajo y han perdido el tacto para el amor. Este cuerpo tiene cicatrices del vergajo... Mi carne es una sola herida, tantas veces la vida y los hombres la han abrumado a golpes. ¿Qué goce encontrarías en abrazarte a una llaga, en besarla con tus labios, en apretarla contra tus senos? No habría nada de hermoso en eso, Cleia. (Breve pausa. Con una súbita y velada ilusión.) Muchas veces, ¡muchas, lo he pensado, sí; y me he dicho: "¿Quién sabe...?" (En tono más grave, ensimismado y reflexivo.) Quién sabe si alterada la decencia, acallados los escrúpulos, olvidado de que soy un esclavo que cuenta fábulas de animales para mejorar a los hombres, ¿quién sabe si no te haría mía? Mi carne ha aprendido a sufrir bajo el látigo, y apenas se siente tocada, grita: "¡Aquiétate, imbecil! Nada de deseos... Nada de dolor." Sin eso, ¿quién sabe si mi cuerpo tendría aún la sensibilidad para gustar del tuyo, como dos bestias jóvenes que se